



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

**T.I.F**

**TÍTULO**

“El *incremento* de las autolesiones como manifestación sintomática de la adolescencia actual”

**AUTORA:** Ramos, Paula.

**LEGAJO:** R-5155/1.

**DOCENTE RESPONSABLE:** López, Daniela.

**MODALIDAD:** Investigación Bibliográfica.

**-AÑO 2020-**

**INDICE**

• Carátula.....	Pág. 1 •
Agradecimientos.....	Pág. 3 •
Resumen.....	Pág. 4 •
Problema.....	Pág. 5 •
Objetivos.....	Pág. 6 •
La adolescencia y la paternidad ¿en declive?.....	Pág. 7 •
La piel como campo de batalla en la búsqueda de identidad.....	Pág. 10 •
Diferenciando las marca en la piel.....	Pág. 12 •
¿Pasaje al acto o acting out?.....	Pág. 14 •
Las autolesiones como síntomas ¿actuales?.....	Pág. 16 •
Conclusión.....	Pág. 18 •
Referencias bibliográficas.....	Pág. 20

## **AGRADECIMIENTOS**

En primer lugar, quiero agradecer a todas aquellas personas que de una u otra manera aportaron a la construcción del presente trabajo.

Particularmente a mi tutora del T.I.F, Daniela López, por brindarme su tiempo y dedicación. No solo por la supervisión y seguimiento del mismo, sino también por la paciencia, la motivación y el apoyo.

A la Facultad de Psicología, por brindarme las herramientas necesarias para formarme tanto en lo profesional como en el personal.

A mi familia, por la confianza y el apoyo incondicional desde el primer momento. Por acompañarme en cada paso de la etapa más importante de mi vida. Sobre todo, a mis hermanos, Valentina y Lautaro, por sus palabras y sus consejos, por incentivarme siempre a cumplir mis objetivos y festejar mis logros como si fueran propios.

A mis amigos de la infancia, por estar siempre presente, aunque sea a la distancia.

Finalmente, a los amigos que me dio la Facultad, por tantos momentos compartidos, por las horas de estudio y de charlas, me enseñaron mucho. A todos ellos, muchas gracias.

## **RESUMEN**

El presente trabajo consiste en una investigación bibliográfica, que surge a partir de ciertos interrogantes, los cuales se despiertan a raíz de la participación en sucesivos cursos abocados a la adolescencia actual desde una perspectiva psicoanalítica, en comunicación con otros saberes.

En esta etapa crucial de la vida del individuo interesa profundizar en la problemática del “cutting” como forma de autolesión en la piel, siendo que en la actualidad se visibiliza un notorio incremento de dicha manifestación sintomática.

Para ello, se toma como eje una hipótesis, que apunta a considerar el declive de la función paterna como una cuestión de suma relevancia en el accionar de los

adolescentes. Hipótesis refutada, posteriormente, con su correspondiente justificación desde una perspectiva psicoanalítica. La cual alude a que, si hay una declinación del padre, esta es estructural, y por ende estaría lejos de representar un fenómeno actual.

Siguiendo con el desarrollo, se interroga la elección de la superficie del cuerpo como escenario donde se llevan a cabo tales manifestaciones. Diferenciando las marcas en la piel, se investigan las razones que llevarían a que el adolescente encuentre en la autolesión, la única salida al sufrimiento. Si bien Lacan considera que se corresponde con el acting out, Blos decide destacar de la misma, su aspecto positivo.

Finalmente se indaga acerca del incremento de este tipo de autolesiones, argumentando de qué manera incide, en la actualidad, el poder de la imagen. Concluyendo con el recorrido, se apunta a des-patologizar tales manifestaciones sintomáticas, lo cual no significa, por supuesto, restarle importancia. Apostando al psicoanálisis como disciplina que opera a favor de quienes necesitan ser asistidos.

Palabras claves: adolescencia actual, declinación del padre, autolesiones, acting out, poder de la imagen.

## **PROBLEMA**

Ciertos comportamientos en la adolescencia actual, actitudes, formas de reagruparse, de vivir su sexualidad, maneras de dirigirse a los demás, entre otras cosas, son cuestiones que han despertado el interés por indagar un poco más sobre la adolescencia en general, y en particular sobre una problemática que preocupa a la sociedad: la frecuencia cada vez mayor con la que se pueden ver en este periodo de la vida, las autolesiones en la piel.

¿Qué son las autolesiones? ¿Qué lugar ocupan? ¿A qué responden? ¿Son

nuevas o simplemente son formas novedosas que encuentra el adolescente para nombrar aquellas manifestaciones sintomáticas características de esta etapa?

Dichos interrogantes parten de la conjetura de que la subjetividad se ve afectada, en parte, por las transformaciones culturales. Dentro de tales modificaciones, ¿se podría destacar el declive del padre como causa del surgimiento de estas formas sintomáticas?

Tal como lo desarrolla Dolto (1992), la adolescencia es el periodo de pasaje en el cual el adolescente debe correrse del lugar infantil para buscar en el mundo exterior nuevas identificaciones.

La hipótesis central, que orienta este trabajo de investigación bibliográfica gira en torno a constatar si dicho comportamiento problemático podría considerarse (o no) como una respuesta a este declive.

## **OBJETIVOS**

### Objetivo general

- Investigar de qué manera influyen los cambios biológicos, psicológicos y sociales, en el devenir de las manifestaciones sintomáticas que caracterizan a la adolescencia.

### Objetivos específicos

- Examinar los efectos de la participación que tiene el otro/s en el proceso de constitución subjetiva del adolescente.
- Indagar acerca del lugar que ocupa la imagen en la sociedad actual. • Rastrear los motivos que podrían llevar a considerar la autolesión como salida ante el sufrimiento.

### **LA ADOLESCENCIA Y LA PATERNIDAD ¿En declive?**

Para comenzar, resulta oportuno realizar un breve recorrido por las teorizaciones de Freud y Lacan en torno al Complejo de Edipo, lo cual permite comprender el lugar que ocupa el padre en los primeros tiempos de construcción de la subjetividad.

Para Freud, por su parte, la existencia del Edipo es, desde el principio, algo universal que se debe llenar con la propia experiencia, lo cual marcaría la singularidad de

cada individuo. Así es que en 1923 describe la modalidad que ha de llamarse positiva:

El caso del niño varón, simplificado, se plasma de la siguiente manera. En época tempranísima desarrolla una investidura de objeto hacia la madre, que tiene su punto de arranque en el pecho materno y muestra el ejemplo arquetípico de una elección de objeto según el tipo del apuntalamiento [anaclítico]; del padre, el varoncito se apodera por identificación. Ambos vínculos marchan un tiempo uno junto al otro, hasta que, por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo. La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, se trueca en el deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto a la madre. (Freud, 1923:33)

De igual modo, la hija pequeña ve en la madre a una persona que le estorba su vínculo de ternura con el padre y ocupa un lugar que ella muy bien podría llenar. De la misma manera que existe una modalidad positiva, según Freud (1923), también existe una negativa. La misma consiste en deseos amorosos hacia el progenitor del mismo sexo y; celos y hostilidad hacia el del sexo opuesto.

Finalmente, la descripción que se hace respecto del Edipo completo sirve para dar cuenta de la ambivalencia que el niño siente hacia sus padres, así como también el desarrollo de los componentes heterosexuales y homosexuales que serán retomados luego como trabajo de la adolescencia. “Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación” (Freud, 1923:34)

Lacan (1958), en cambio, se ocupa del Edipo a nivel estructural, en donde la función de cada personaje se define en relación al otro y al lugar que ocupa. Por eso, en el seminario 5, para explicar su postura, hace referencia a tres tiempos lógicos (no cronológicos).

Primer tiempo: El niño se encuentra en una relación completa con su madre e intenta identificarse no con la persona, sino con lo que supone es el objeto de deseo de la madre. Se trata de una identificación imaginaria. El niño quiere ser el objeto de deseo de la madre y entonces su deseo queda así alienado al deseo del Otro. La madre castrada, se siente completa a través del hijo y por eso lo ubica en el lugar del falo. No existe aún una ley simbólica, sino la ley arbitraria de la madre. El padre existe entonces en forma velada, en tanto ley simbólica que debe ser descubierta en la madre (Lacan, 1958).

Segundo Tiempo: El padre ingresa como agente que priva y desprende al niño de la relación imaginaria con la madre. La función del padre es la privación, priva a la madre de su ilusión fálica y priva al niño de la identificación imaginaria al falo. Con la acción de privación se inicia la castración simbólica, y tanto el niño como su madre pierden su valor fálico (Lacan, 1958).

El padre se manifiesta en el discurso de la madre, dice Lacan, y es soporte de la ley. Este es el fundamento y el punto nodal del Complejo de Edipo.

Tercer tiempo: De él depende la salida del Complejo de Edipo que va a definir una posición como sujeto deseante. La castración simbólica del segundo tiempo, culmina con el reconocimiento de la falta en la madre. Ahora el padre es portador del falo, lo tiene, pero no lo es y a su vez, depende de una ley exterior. El falo se encuentra por fuera del padre, en la cultura. Lacan considera, al igual que Freud, que la salida del Edipo se produce favorablemente si el niño se identifica con el padre (de quien deriva el ideal del yo) y pasa de ser el falo, a tenerlo. Este paso del registro del ser al del tener, es lo que da

cuenta de la instauración de la metáfora paterna y de la presencia de la represión originaria. La instauración de la metáfora del Nombre del Padre posibilita al niño el acceso al lenguaje, al orden simbólico (Lacan, 1958).

Este pequeño recorrido abre un interrogante respecto a la paternidad: ¿hace falta un hombre para que haya un padre? En dicho seminario, Lacan, deja en evidencia que el padre es una metáfora, que existe incluso sin estar. No se trata de una relación entre la madre y el padre, sino de la madre con la palabra del padre. Lo que cuenta es la función, esa función que posibilita la separación del niño con la madre enunciando la ley de prohibición del incesto.

Retomando los dichos de Freud y Lacan, García (2013), le otorga gran importancia a la concepción de “otro” en sus diferentes variantes y formas de entenderla, lo cual repercute en la constitución subjetiva y en la regulación del lazo social entre los sujetos, adquiriendo particular importancia en la adolescencia, etapa en la cual el sujeto se empieza a mover por diferentes escenarios y se va rodeando de diferentes “otros”. Siendo el momento crucial en el que la sexualidad se encuentra al mando.

Las reglas que surgen en estos nuevos escenarios, destaca el autor, están influenciadas, en gran medida, por la estructura familiar y psíquica, referencias identificatorias al padre (y madre), combinadas con otras imágenes idealizadas que se van construyendo en este periodo. Como resultado de esto, el sujeto comienza a re vestirse, es decir, empieza a producir sedimentaciones identificatorias. Estas identificaciones darían lugar a una menor vacilación provocada por la caída de los referentes infantiles. Lo cual abriría el camino hacia nuevas respuestas respecto del lugar sexual, social y político de ese sujeto.

El síntoma vendría a quedar en función protésica de la insuficiencia en la función paterna de castración de la madre fálica, como se puede ver en la creación del síntoma fóbico en Juanito [...] La inexistencia de esta función desemboca en la psicosis (forclusión del nombre del padre) y las fallas por insuficiencia de esa función son paliadas por síntomas (neuróticos) (García, 2013:133).

Esta función, tal como se puso de manifiesto anteriormente, se separa del padre, tanto del padre como personaje del drama edípico así como también del padre real, y en su lugar se habla de un funcionamiento simbólico que representa a la ley de la familia, dice García (2013).

Si la función paterna es una función simbólica de castración, da lugar al siguiente interrogante: ¿Se podría hablar, entonces, de una declinación paterna como causa de los síntomas actuales en la adolescencia?

Lo que se pretende mostrar con esto, en palabras de Zafiropoulos (2002) es que, si hay una declinación del padre, esta es estructural. Decir que es estructural significa que puede suponerse para todo tiempo y lugar, lo cual indicaría que no es una consecuencia de los cambios producidos en el último siglo. Es decir que, desde este punto de vista, la declinación a la que se hace alusión estaría lejos de representar un fenómeno actual.

El autor plantea que la noción “declinación del padre” desde el punto de vista sociológico, proviene de Durkheim, y que esta categoría impide analizar en profundidad el origen del malestar actual.

A esto se debe la importancia de examinar la dimensión cultural para comprender el malestar subjetivo y social, porque “los síntomas cambian según el contexto de discurso”, pues ellos “son históricos” (Soler, 2009:12).

Cada época aporta al modo en que se manifiesta y se trata el malestar subjetivo y social. Ya Freud (1939) mostró cómo la misma civilización resulta de la transformación de la disposición pulsional, y además, cómo la civilización y los ideales en cada época inciden en el tratamiento del goce; en la determinación de lo que está permitido y lo que está prohibido.

En los jóvenes, “el aumento de la vacilación identificatoria y la disminución de los ideales parecen abrir vías hacia un horizonte más cercano de actos y goces y a dejar las

ideas-meta en un estado más fragmentario y de menor proyección temporal” (García, 2013:134). A esto se le suman nuevos usos del lenguaje oral y escrito que recortan la secuencia diacrónica habitual, acortan los tiempos y crean nuevas palabras. A su vez, el autor considera que las escrituras corporales de signos, imágenes o textos, así como las marcas realizadas por piercings, excoriaciones u otras formas de acción sobre el cuerpo, parecen aumentar la variedad simultánea de signos que se ofrecen a la vista. Los cuales, descontextuados de los significados culturales de origen, arman o intentan armar nuevos estilos identificatorios.

Quizás, continúa diciendo, estas modificaciones le resultan espacialmente difíciles de concebir a los adultos organizados en otra época y con otros formatos. Lo cual llevaría a que esta forma de organización psíquica sea concebida por ellos como desorganización (García, 2013).

### **LA PIEL COMO CAMPO DE BATALLA EN LA BUSQUEDA DE IDENTIDAD**

La adolescencia es un tiempo de transformación y este tiempo inaugura a su vez un nuevo tiempo, donde el hecho de resumir el cuerpo ocupa un lugar primordial. El cuerpo cambia de forma, es radicalmente otro. Así lo expresó Freud (1905) cuando sitúa el momento de la pubertad como aquel en el que se introducen los cambios que llevan de la vida sexual infantil a su conformación definitiva. En este texto se ponen de manifiesto las transformaciones corporales que se suceden en esta etapa de la vida. Tanto en la mujer como en el varón se produce un considerable cambio y crecimiento de los genitales externos y de los caracteres sexuales secundarios. Freud comienza a teorizar la diferencia que se establece entre el varón y la mujer en la pubertad con respecto a la

sexualidad infantil y a su pasaje por el complejo de Edipo y de castración.

Dentro de las nuevas configuraciones, se produce también un nuevo vínculo con los padres y con los pares. Es muy importante la posición que tiene el otro respecto del adolescente, porque se podría decir que el cuerpo no solo se viste con ropa sino también con palabras. Se necesita de la mirada del entorno para poder enlazar el cuerpo a una nueva imagen.

El procesamiento de duelos y la búsqueda de la identidad llevan a que la piel sea un espacio intermedio de transicionalidad, ya que los cambios propios de la pubertad inciden en la representación mental del cuerpo, lo que provoca cierta vivencia de ajenidad y por esto, las marcas en la piel pueden comportar un fuerte sentimiento de apropiación corporal (Reisfeld, 2004).

A su vez, Reisfeld (2004), considera que el dolor compartido genera una red de vínculos y de pertenencia a un grupo, ya que se trata de momentos de desorganización y reorganización, que propicia la búsqueda de modelos identificatorios y conductas imitativas para contrarrestar la difusión de la identidad. A lo que se refiere el autor con esto es que, por un lado, se considera a la marca en la piel como una resistencia al dolor psíquico y físico, al sufrimiento. Tiene como función expresar conflictos, tensión o angustia que no se puede verbalizar. Por el otro, se trata de una prueba de pertenencia al grupo de pares, ya que el poder soportarlo indicaría un signo de virilidad, o de apropiación del cuerpo en el caso de las mujeres.

Le Breton (2010), por su parte, destaca que la piel opera activamente en el proceso de separación e individuación característico de la adolescencia. Real y simbólicamente representa el envoltorio de cuidados que genera una matriz narcisista que posibilitará la relación con el mundo. De esta manera, el rol simbólico de la piel está estrechamente vinculado con las relaciones iniciales con la madre, capaz o no de proveer una contención y confianza que posibilite al sujeto invertir el mundo e inscribirse en él.

Así es que, en su libro, "La piel y la marca", Le Breton (2019) escribe acerca de las razones por las cuales la piel se daña. Retoma, en primer lugar, lo que dice Lacan acerca la piel como envoltura del cuerpo, como aquello que permite separar un interior de un exterior, es decir, aquello que delimita los espacios. Pero, posteriormente, decide darle una vuelta más y plantear una cuestión diferente. Haciendo alusión a que, la piel no solo es superficie, sino también el espacio donde alguien puede querer sacarse de encima una identidad dañina, una identidad que molesta, una existencia que pesa y ahí es donde el autor ubica el cutting.

Frente al estallido pulsional desbordante, el púber, que no sabe qué hacer con tanto alboroto interno, con su cuerpo cambiante, con sus identificaciones que son propias y ajenas a la vez, puede buscar caminos complejizadores, armar novelas, crearse familias sustitutas y pieles nuevas, pero también puede intentar expulsar de sí todo dolor, toda pasión, todo empuje y toda identificación que le recuerde a aquellos de los que se quiere diferenciar (Janin, 2011:11)

Una cuestión de suma importancia, según lo pone de manifiesto Janin (2011), es el caso del adolescente que carga una historia ajena y quiere sacarse de encima todo

10  
aquello que le recuerde a la infancia y su dependencia (a mayor dependencia, el intento resultaría más violento), los fantasmas van a resurgir y esto puede llevarlo a realizar actos impensados.

Retomando a Le Breton (2019), el autor hace alusión a que, cuando la salida a la exogamia se encuentra obstaculizada, el cutting se convierte en el lugar donde se produce un pasaje de sentido, es decir, es el punto donde en ese corte alguien quiere desprenderse de aquella identidad que resulta molesta. De lo que se trata es de, a través

de la piel, armar una nueva identidad.

Si bien se habla de un alivio al sufrimiento, es importante considerar que se trata de un alivio al precio de un daño.

## **DIFERENCIANDO LAS MARCAS EN LA PIEL**

11

En la clínica con adolescentes, afirman Janin y Kahansky (2009), prevalecen las marcas en el cuerpo, tales como los cortes, tatuajes y agujeros. Ante tal experiencia se preguntan si se tratará de líneas que van marcando rumbos, de gritos mundos, o si será en realidad, el modo de decirle al mundo adulto, a través de lo visual, de la imagen,

aquello para lo que no tienen palabras. Sin lugar a dudas, esto permite pensar acerca del lugar que tiene el cuerpo en la sociedad actual, el cuerpo como medio eficaz que habilita a la representación de estados internos.

Si bien muchos autores incluyen, dentro de las marcas en la piel, piercings, tatuajes y cortes (o cutting como se lo llama con mucha frecuencia), es necesario diferenciarlos. Así es que las autoras lo expresan a través de pequeños relatos clínicos. El primero fue el caso de una paciente de 17 años que planeaba hacerse un piercing en la lengua y lo manifestó de la siguiente manera: “Tengo miedo de que me duela, pero a la vez es tan sensual, tan erótico...” (Janin y Kahansky, 2009:8) y continúa relatando que se lo haría junto con una amiga antes de decírselo a sus padres. En los dichos de la paciente, según lo relatan las autoras, se pone de manifiesto el temor al dolor, un acto trasgresor y una actividad grupal e identificatoria.

Siguiendo con el desarrollo se menciona la cuestión de los tatuajes, argumentando que no siempre se les atribuye un significado patológico, aunque en ocasiones se trata de una marca, de un dolor que no puede expresarse de otra manera.

Otro ejemplo desarrollado en el mismo libro, alude a una adolescente de 15 años que cuenta que se corta: “hasta me tranquilizo” dice. Y continúa haciendo alusión a que varias amigas lo hacen, sin embargo, se trata de una actividad solitaria, aunque estas marcas tienen un destinatario. Ya no se habla de erotismo sino de tranquilidad. (Janin y Kahansky, 2009)

El cutting tiene otra lógica. Se produce a los fines de aliviar un sufrimiento que impacta, que duele. Se trata de un sufrimiento psíquico que el adolescente padece y frente al cual no encuentra otra salida.

De lo que se trata, dicen Mauer y May (2015), enfocándose en factores comunes entre quienes han manifestado tales comportamientos, es de bordearse las venas de la muñeca, del antebrazo o de las piernas. Especular y decidir su localización, extensión y profundidad. Lo cual no siempre resulta como se esperaba, a veces falla. Las determinaciones y sentidos son múltiples y complejos.

Lo que destacan las autoras como sumamente relevante, es que los adolescentes se someten a una tiranía del cuerpo cuyo sentido último desconocen. Si bien, lo que desconocen son las determinaciones inconscientes, el acto mismo de autolesionarse responde a una determinación consciente y premeditada.

Rastrillar, rayar, cortar la superficie del cuerpo, es una acción que se inscribe a sí misma dejando huellas. La piel como envoltorio, sede de la sensibilidad y el contacto, escenario primero del encuentro con la madre, se lastima. Esta pizarra donde se inscriben los intercambios sensuales, desde los comienzos de la vida queda investida como superficie libidinal. En función de estas experiencias iniciales, en la piel impactan tanto el amor y la ternura como la sobreexcitación y el trauma. De ahí que textos mudos de palabra dejen su impronta y sus huellas en la piel. (Mauer y May, 2015:2)

Mauer y May (2015) en concordancia con lo previamente mencionado, consideran fundamental destacar el papel que juega la cultura en la sociedad actual. Propiciando la acción como lenguaje predominante y relegando lo psíquico a un segundo plano, se genera una “insuficiencia psíquica” que reenvía a la acción en busca de alivio.

La oleada pulsional, que caracteriza al periodo de la adolescencia, es el motor de estas manifestaciones a las que, en un principio, se le atribuyeron connotaciones suicidas:

El joven trata de luchar contra este sentimiento de ser llevado como el viento por éste mundo, si enfrenta a la muerte poniéndose en peligro, se esfuerza por despojarse de la muerte haciéndole frente a través de pruebas personales que se impone a sí mismo (Le

Breton, 2010:3)

Le Breton (2010) la considera una especie de técnica de la vida que se vuelve paradójica. Enlazada tanto a la impulsividad como al cálculo, a la omnipotencia y a la impotencia, al sufrimiento y al alivio. Es como una especie de juego con la muerte, pero controlado, una especie de auto-curación, sin dudas, riesgosa.

Ahora bien, el hecho de que no implique un riesgo suicida no significa que deban minimizarse, ya que son situaciones de riesgo en sí y sobre todo porque están expresando un malestar que requiere un abordaje terapéutico.

Le Breton (2010) equipara estas conductas de riesgo a formas inéditas de ritos que trastocan totalmente la tradición etnológica o antropológica, por esto, son ritos privados, íntimos, autorreferenciales, desprendidos de toda creencia porque buscan darle la espalda a la sociedad. El mundo adulto intenta impedir que se lastimen, pero la necesidad interior de pasar por este ritual es demasiado fuerte. Así, jugando con la muerte, se busca sentido, pero también se paga un precio. Los cortes son las figuras más ejemplares de este sacrificio: el dolor o el lastimarse supone un control que se impone contra el sufrimiento que aplasta y frente al cual no se tiene poder.

El circuito se repite porque el alivio que produce el corte es transitorio, y luego aparece la anestesia que incita una vez más a buscar adrenalina (Mauer y May, 2015). El hecho de renunciar al sostén familiar, insisten las autoras, para insertarse en un mundo poco consistente provoca una sensación de frustración, extravío y sobredosis de estímulos que puede desencadenar en este acto, es decir, en esta conquista de la autonomía, el adolescente trata de “cortarse solo”.

Resulta pertinente en primer lugar, destacar la diferencia entre el acting out y pasaje al acto, siendo que ambos se consideran respuestas subjetivas que aparecen en ciertas oportunidades en la etapa de re-organización que caracteriza a la adolescencia. Momento en la que la angustia se encarna, cuando no hay posibilidad de poner en palabras los comportamientos que alteran la vida del sujeto, es cuando el acto aparece en busca de una certeza.

Bower (2011) retomando a Lacan plantea que el sesgo distintivo del acting out es su valor demostrativo.

El acting out es una escena, por lo tanto, el carácter visual es lo central, de una fantasía desplegada en lo real porque no puede desplegarse de otra manera. Es un deseo que falla en su articulación significante. Deseo que aparece en el acting, tal como se mencionó anteriormente, con la modalidad de la mostración. Esta mostración está dirigida al Otro. Otro que desfallece en su función de captación de lo que ahí está ocurriendo. Otro que no reconoce ese deseo del sujeto (Lacan, 1962-1963).

Lacan insiste, según Bower (2011) en otro elemento que se halla presente en esa mostración y es la puesta en escena de un objeto cumpliendo un papel prevalente en el guión, un objeto que capta la mirada y que está más presente que el sujeto mismo. Lo que quiere decir con esto, es que en el acting out es menos el sujeto quien se muestra, que un objeto participando en la acción que está mostrada y que se impone al sujeto. Como acción conlleva un significado claro que, sin embargo, parece poco pertinente en el debate actual del sujeto.

Mientras que en el acting out lo decisivo es el montaje de una escena y un mensaje dirigido a un Otro, lo que distingue al pasaje al acto es su carácter de evasión de la escena:

El sujeto se mueve en dirección a evadirse de la escena. Es lo que nos permite reconocer el pasaje al acto en su valor propio, y distinguir de él lo que es muy distinto, ya lo verán ustedes, a saber, el acting out. (Lacan, 1962-1963:129)

Parafraseando los dichos de Lacan (1962-1963) se deduce que, la diferencia radica entonces en que el pasaje al acto es una huida, una evasión. El sujeto reacciona con una angustia incontrolada e incontrolable. Si el acting out era entendido como un llamado al Otro que estaba desfalleciente, en el pasaje al acto el sujeto se identifica con el objeto y desde esa posición se ofrece al Otro. Se arroja en forma sacrificial sin ninguna esperanza ya de hacerse escuchar.

El adolescente apremiado por el enigma del deseo del Otro y sin saber cuáles son sus insignias, lucha denodadamente por hacerse de un lugar, de un nombre, de un deseo. Apremiado por la intrusión súbita de algo del orden de lo real, que introduce un corte en la cadena de decires, el sujeto queda sin recursos imaginarios o simbólicos. La angustia deja al adolescente desarmado, desarticulado e imposibilitado de nombrar lo que le está sucediendo; el efecto pacificador del significante falta a la cita y ya no hay respuesta ante lo real. Cuando faltan las palabras el acto aparece como recurso privilegiado para apaciguar el mal-estar y el adolescente no duda en arrojarse en una serie infinita de acting y pasajes al acto, ex -sistir aun cuando ello implique ofrendar la libra de carne. (Bower, 2011:107)

De esta manera, se puede relacionar el concepto de acting out con las manifestaciones de riesgo en adolescentes, las cuales implican una puesta en escena frente a la imposibilidad de simbolizar. El hecho de intentar decir algo que debe ser descifrado e incluso puede ser extraño para el propio sujeto.

Los cortes en la piel se podrían considerar entonces, un ejemplo de esto, ya que se realizan en zonas visibles, como las muñecas, antebrazos o piernas, lo cual evidenciaría el carácter de mensaje hacia el afuera.

Blos (1979), por su parte, destaca por un lado la falta de respuesta emocional por parte del adolescente y su desapego respecto del mundo que lo rodea, y en contraste con esto, la participación incontenible, exploradora y egocéntrica en el mundo de los objetos y de las personas. El primero sería el estado de retraimiento y el segundo el acting out o actuación.

Lo que propone es darle una vuelta más y destacar el aspecto positivo del concepto acting out. Dejando de lado la connotación peyorativa que comúnmente adquiere, se tomó el trabajo de buscar en las raíces del concepto para actualizarlo. Si bien reconoce la definición tradicional de descarga impulsiva y de ninguna manera minimiza el riesgo que tales acciones conllevan, plantea que a partir de su propia labor clínica, emerge una nueva y más compleja conceptualización. La misma considera al acting out "como una forma altamente organizada de comunicación por vía del sistema de acción" (Blos, 1979:181).

Cuando el adolescente ha perdido (en parte) su sistema simbólico de lenguaje y pensamiento, aquello que le permite expresar ideas, emplea una modalidad diferente de comunicación a través de la acción. En ocasiones, dicha acción, representa un deliberado esfuerzo por resistir a la regresión y a la pérdida de identidad. Dicho de otra manera, el autor considera a la actuación como un recurso homeostático.

### **AUTOLESIONES COMO SINTOMAS ¿actuales?**

En la actualidad, la problemática de los desórdenes violentos de los adolescentes constituye una de las señales más dolorosas del sufrimiento social. Adolescentes que se hieren o hieren a otros exhiben el cuerpo herido de la sociedad. “Del propio pánico a la generación del pánico en los otros, ‘hacen marca’ de la falta de huellas que los orientan en el camino de la vida” (Gamondi, 2009:119).

Los adolescentes hablan cada vez menos y actúan cada vez más. A la inversa sucede con los adultos, relata Gamondi (2009), quienes hablan cada vez más y hacen cada vez menos. Incluso se han convencido, erróneamente, de que los adolescentes no quieren ser escuchados, o simplemente no tienen nada que decir.

Así lo ponen de manifiesto cada vez con mayor frecuencia los portales de revistas digitales o periódicos que se titulan como: “Alarma en las escuelas por los casos de cutting entre adolescentes”, “Cutting: inquieta el aumento del número de chicos que apelan a esta riesgosa conducta” o “Autoagresión adolescente: crece la alarma por videos subidos a la web”. Son noticias que datan de los años 2013, 2016 y 2018

respectivamente. Extraídas de la innumerable cantidad de publicaciones sobre el tema, que pone en alerta a Infobae, Clarín y La Nación.

Por otra parte, se puede mencionar también, a modo de ejemplo, aquel famoso juego de “La Ballena Azul”, que tuvo lugar a principios del año 2017. Si bien surgió en Rusia, relata Zabalza (2017) contaba con cierta popularidad en nuestro país. Dicho juego incentivaba a los adolescentes a pasar una serie de pruebas para las cuales era necesario sufrir, y los niveles de sufrimiento aumentaban según iba avanzando el juego. Posteriormente, tras descubrir al responsable, el joven de veintiún años reconoció haber influido en el suicidio de diecisiete personas, pero insistió en que ellos murieron felices porque les dio lo que no tuvieron en la vida real: calidez, comprensión y comunicación. Justificación extremadamente llamativa para el mundo adulto.

En el transcurrir de tales relatos se puede ver cómo estas prácticas aparecen en reiteradas ocasiones en el territorio de los adolescentes. Pero, ¿son realmente prácticas novedosas? Un ejemplo que Freud (1999) desarrolla, permite comprender que no se trata de que sean prácticas que no se conocen, sino que se refiere a que la sociedad deja ver su incidencia cada vez más pronunciada.

Así es que Freud (1999) plantea que caerse, tropezar o resbalar, no siempre deben ser interpretados como puramente casuales de una función motora. Dice que son actos destinados a apaciguar al destino, desviar una desgracia, etc. Por experiencia puede dar cuenta que muchos de los daños que aparentemente suceden por casualidad, son en realidad maltratos que los pacientes se infligen a sí mismos. Tales sucesos, revelan la participación de una intención inconsciente.

Una joven casada se rompió una pierna en un accidente de coche, teniendo que guardar cama durante varias semanas, y al asistirle me extrañó la falta de manifestaciones de dolor y la tranquilidad con que llevaba su desgracia [...] Averigüé las circunstancias que rodearon el accidente, así como determinadas impresiones que le precedieron. La joven mujer se hallaba con su marido, hombre muy celoso, pasando una temporada en la finca de una hermana suya, en compañía de sus numerosos hermanos y hermanas y sus respectivos cónyuges. Una noche dio en este íntimo círculo una representación de una de sus habilidades, bailando un cancán conforme a todas las reglas del arte y obteniendo gran éxito con todos los parientes, pero descontentando a su marido, que le murmuró después al oído: “Te has vuelto a conducir como una prostituta”. La palabra hizo su efecto, y queremos dejar indeciso si precisamente por el baile. Aquella noche durmió mal, y a la mañana quiso dar un paseo en coche. [...] La más joven de sus hermanas quiso que fuera en el coche un hijo suyo de pecho, pero ella se opuso enérgicamente. Durante el paseo se mostró nerviosa, advirtió al cochero que los caballos iban a espantarse, y cuando los inquietos animales tuvieron en realidad un momento de indisciplina, se levantó sobrecogida y se arrojó del coche, rompiéndose una pierna, mientras que los que permanecieron dentro no sufrieron daño alguno. (Freud 1999: 200)

16

Este pequeño relato intenta demostrar que no se trata de una práctica ejercida únicamente en la época actual. Sin embargo, es cierto que, en la actualidad, según Merlín (2017) la función de la palabra se encuentra cada vez más debilitada. Con el avance de la tecnología, lo imaginario se vuelve privilegiado, se trata del registro donde se buscan referencias y saberes para orientarse. La autora asegura que la realidad virtual conduce al sujeto a un funcionamiento de masa, el cual, al no incluir la diferencia, tiende al borramiento del Otro como lugar de la palabra, así como a producir una alienación entre el yo y el otro.

La imagen, lo visual, funciona como un GPS que dirige, ordena y opera sobre los cuerpos. Retomando los dichos de Lacan, Merlín (2017), plantea que el mundo es “omnivoyeur” en tanto que la mirada del Otro se hace presente por todas partes. Lo que sucede en la actualidad es que ha devenido también exhibicionista: todo se da a ver y excita la mirada. El campo visual, continúa la psicoanalista, deviene fuente privilegiada de

goce. La vida transcurre en redes sociales, tales como Instagram, YouTube, blogs, etc. Lo cual borra los límites entre lo público y lo privado, lo visible y lo invisible. Esto determina, en palabras de Merlín (2017), el surgimiento de una dimensión siniestra, extraña, que invade el campo de la realidad del sujeto. Plantea además que las imágenes nunca son inocentes, tienen como finalidad comunicar y funcionan como organizadoras de la identidad.

## **CONCLUSION**

La adolescencia siempre ha sido una época turbulenta, una época en la que se juegan grandes pasiones, en las cuales hay contradicciones y conflictos. Es el tiempo de subjetivación en el que tienen lugar procesos psíquicos complejos. Hay una historia que se reactualiza y que abre nuevas posibilidades, lo cual da lugar a descubrimientos en los que el adolescente transgrede y se arriesga, por eso podemos decir que no hay adolescencia sin peligros, riesgos e inseguridades.

Se produce un pasaje de ser un sujeto hablado por los otros a ser un sujeto hablado por sí mismo. Se adquiere una posición más activa en la que se empiezan a establecer respuestas propias, pero a su vez implica una reelaboración familiar.

El adolescente tiene que historizar, este término tomado de Aulagnier (1984) tiene que ver con la reescritura que hace respecto de su propia vida. Implica volver sobre el pasado y desde esa lectura proyectarse hacia el futuro, es decir, armar un proyecto de vida. Dicho de otra manera, ese armado del proyecto implicaría poder identificar a la persona que es ahora y aquella que quiere ser más adelante. Sin embargo, hay ocasiones en las que nos enfrentamos con una caída de este "yo futuro". Esto va a depender, por supuesto, de cuán preparada esté la organización psíquica para soportar las exigencias tanto internas como externas, desembocando muchas veces en una tensión tan grande que lleva al adolescente a buscar alternativas para calmar la angustia que lo invade.

El presente trabajo parte de una hipótesis, que apunta a considerar el declive parental como causa del accionar de los adolescentes en la actualidad. Este término, que responde a una perspectiva sociológica o educativa (a diferencia del abordaje psicoanalítico en el que nos referimos a una función simbólica que se separa del padre), hace alusión a una pérdida de autoridad por parte del mundo adulto. En otras palabras, se refiere a que el mundo adulto se estaría volviendo frágil ante la mirada de las nuevas generaciones. Sin embargo, si este fuera el caso, no respondería a una situación actual, ya que el padre, en el devenir de la sociedad, ha ido tomando formas y lugares diversos e incluso, también es cierto que siempre han existido padres poco valorados. Razón por la cual esta conjetura, se mire por donde se mire, resulta insuficiente.

Un punto crucial en el desarrollo nos permite poner el foco en otra parte. Si de actualidad se trata, el poder de la imagen y sus consecuencias en la constitución de la subjetividad, ocupan el primer plano. Todo se da a ver, todo se expone en el momento mismo de desorganización y reorganización que caracteriza a la adolescencia. Las imágenes ofrecen modelos identificatorios que homogenizan, y aunque puedan ofrecer alguna consistencia, desdibujan la singularidad.

Si bien es cierto que hay una innegable diferencia entre, por un lado, las escrituras que aparecen en los grafitis, en las calles, en los bancos de las plazas, en las redes sociales y, por el otro, aquellas que tienen como soporte el cuerpo; nos encontramos con una diferencia aún más radical cuando esa marca implica un corte autoinfligido, donde la descarga motriz se ubica en primer plano. Y otra cuestión no menor es que, a diferencia del tatuaje (cuya marca se ofrece a la vista de manera explícita), su sentido debe ser fundado, no hallado.

Ya sea que se hable de cortes, cutting, autolesiones o cualquiera sea la etiqueta que se le adjudique, se trata de un síntoma. El cual desde una perspectiva psicoanalítica se lo considera un punto de llegada, no de partida.

A lo que quiero llegar con esta reflexión es a dar cuenta que cada marca en la piel está cargada de una historia personal, incluso los cortes, aquellos cortes que se producen en el momento mismo en el que el adolescente se apropia de su cuerpo y deja una marca. La marca del alivio ante una situación que le resulta dolorosa, pero cuyo sentido último desconoce.

Podemos decir entonces que, tanto el pasaje al acto como el acting out tienen que ver con lugares estructurantes, aun con el riesgo que eso implica, aun con caídas, con cortes. Es un llamado a la función de corte de un goce incestuoso.

Como futura profesional de la salud mental, encuentro en el psicoanálisis una herramienta que puede operar a favor de quienes se encuentran en proceso de reorganización. Lo cual implica, en muchas ocasiones, actuar como soporte en esa función de corte en la clínica. Partiendo fundamentalmente de la escucha, es decir, que el adolescente pueda dar cuenta de su derecho a ser escuchado. Dejando un poco de lado las determinaciones inconscientes, apuntar primero que nada a instalar un lugar de confianza. Y, en la medida en que el adolescente pueda implicarse en su discurso, se

dará lugar luego, a poder ubicar algo del deseo del sujeto.

Si bien es cierto que todo el trabajo tiene que ver con un dispositivo de espera, se sabe que el empuje pulsional no da mucho tiempo. El desafío está justamente en poder soportar esta temporalidad que muchas veces tiende a ser barrida por el empuje y que la pulsión pueda, de esta manera, hacer su recorrido.

Para finalizar, me parece interesante retomar los dichos de Janin (2011), quien se dedica a trabajar con problemáticas muy graves de la adolescencia, lo cual afirma que resulta muy dificultoso a veces, y aun así cree que es muy importante considerarlos ante todo como sujetos en movimiento, con posibilidades abiertas y no encerrarlos en diagnósticos que interfieran su proceso de transformación.

De lo que se trata, es de modificar esa tendencia a considerarlos como enfermedades. Sin perder de vista, por supuesto, que el hecho de no considerarlos patológicos no significa que no se sean un problema clínico a atender.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS**

- Aulagnier, Piera (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Del discurso identificante al discurso delirante. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Blos, Peter (1979) *La transición adolescente*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.

- Bower, Lorena (2011). *Adolescencia: angustia y acto*. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Dolto, Françoise (1992). *La causa de los adolescentes*. Barcelona, España. Editorial: Seix Barral S.A
- Freud, Sigmund (1905) *Tres ensayos de una teoría sexual*. En Obras Completas (Tomo VII) Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1923) *El yo y el ello*. En Obras Completas (Tomo XIX) Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. En Obras Completas (Tomo XXIII). Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1999) *Psicopatología de la vida cotidiana*. Madrid, España. Editorial: Alianza.
- García, Javier (2013). *Los adolescentes, la declinación del patriarcado y las nuevas estructuras familiares*. Revista uruguaya de Psicoanálisis, 129-136. • Janin Beatriz y Kahansky Elsa (2009) *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Buenos Aires, Argentina. Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Janin, Beatriz (2011) *Los adolescentes, riesgos y aperturas posibles*. Actualidad psicológica, 394 2-6.
- Lacan, Jaques (1957-58) *Seminario V: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós, 1999.
- Lacan, Jaques (1962-63). *Seminario X: La Angustia*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós, 2006.
- Le Breton, David (2010). *Antropología de las conductas de riesgo en jóvenes*. Conferencia dictada en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en Setiembre de 2010. Recuperado de: Página 33 de 34 <http://www.apuguay.org/sites/default/files/desgrabacion-Conferencia-LeBreton-APU-2009.pdf>
- Le Breton, David (2019) *La piel y la marca*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Topia.
- Mauer, Susana y May, Noemí (2015). *Cortarse solo: Acerca de las autolesiones en la piel*. Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes, 16, 1-6. • Merlín, Nora (2017). *El poder de la imagen*. Página 12, marzo 02. Editorial: Grupo Octubre.
- Reisfeld, Silvia (2004). *Tatuajes. Una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós.
- Soler, Colette (2009). *La querrela de los diagnósticos*. Curso en el colegio clínico de París 2003-2004. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Letra Viva.
- Zabalza, Sergio. (2017). *La fragilidad del adolescente*. Página 12, mayo 11. Editorial: Grupo Octubre.
- Zafiropoulos, Markos (2002). *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Nueva Visión.